

# Capítulo I

*Barcelona, abril de 2016*

El día no había empezado bien y un hombre como él, con una acusada propensión al pesimismo, solo contemplaba una posibilidad: la de que empeorase irremisiblemente. Si hubiera podido, hubiera regresado a casa, hubiera conectado el televisor y hubiera dejado volar el resto del día con ayuda de unas cervezas y un par de películas de acción disparatada. Previamente hubiera enviado a la mierda a la empresa entera y, en especial, a sus altos mandos, una caterva de incompetentes que solo sabían proferir exabruptos y culpabilizar a los demás de su propia ineptitud.

Se limitó a abandonar el despacho durante un rato, a poner el pie en la calle con el propósito de airearse y a barajar la posibilidad de quemar el primer pitillo; aquel que intentaba, en vano y a contrapelo, demorar hasta el café de la sobremesa. Era uno de sus retos, el resto todavía eran menos gloriosos. Muy raras veces lo conseguía.

Quizás por pura prevención, quizás porque no esperaba nada bueno; cuando la desconocida se le acercó y le pidió fuego, a punto estuvo de responder que no fumaba. No lo hizo. No sabía mentir. No había aprendido durante la adolescencia, cuando generalmente se aprenden esas cosas, y había acabado andando por la vida con la verdad por delante.

Se llevó la mano al bolsillo de los vaqueros y sacó el encendedor rosa geranio. Se lo tendió. Recordó que no le pertenecía y que lo había cogido de la mesa de reuniones al retirarse mascullando imprecaciones para sus adentros, como casi siempre. La reunión había sido un desastre, ni una buena noticia y tantas recriminaciones como caben en cincuenta minutos de un

monólogo hiriente salpicado de algunos vanos intentos de los empleados humillados públicamente de objetar alguna cosa en su defensa. Los subordinados habían intentado parapetarse, alegar desamparo, malos tiempos, poca promoción, crisis galopante... También él había procurado descargar algo de responsabilidad. Todo inútil. La habitual e irritante sordera selectiva de un director comercial que blandía, como si se tratara de un puñal bien afilado, un penoso balance de resultados.

Cuando, a pocos pasos de la enorme puerta de acceso del edificio, la desconocida alzó los hombros, esbozó una sonrisa encantadora y le mostró los dedos vacíos, a Santiago apenas le sorprendió su desinhibición. Ni fuego ni pitillo. Su cara no le resultó familiar, pero no era extraño, cientos de personas se repartían por los dieciséis pisos de oficinas. Imaginó que era una empleada de otra planta. Su curiosidad era limitada, no preguntó.

Sacó del bolsillo el paquete de Camel y se lo tendió. Acompañó el gesto de un leve resoplido de resignación. Ni podía ni quería ocultar su malhumor. Con unos dedos asombrosamente largos y delgados, la joven sacó un cigarrillo y lo prendió. Tras llevárselo a la boca y aspirar entornando levemente los ojos, le alargó la mano.

—Yo soy Oxana —pronunció con dificultad y gesto de concentración—. Muchas gracias a ti.

Y pocas palabras le bastaron para comprender que la joven no solo no hablaba castellano sino que había nacido a miles de kilómetros de distancia.

Se sintió obligado a estrechar la mano de aquella mujer de piel blanca y ojos de un azul imposible que parecía haber nacido en las inmediaciones del Círculo Polar y a la que no sentía deseos de conocer. La retiró de inmediato para sacar otro cigarrillo del paquete. Oxana aproximó la llama y él entreceñó los ojos, como tenía por costumbre.

La joven debía tener unos treinta y pocos años, era muy ru-

bia, vestía una falda estrecha y negra por encima de la rodilla y un jersey gris de punto que ceñía su busto y dejaba al descubierto la prodigiosa palidez de su escote. Calzaba zapatos oscuros de medio tacón. Había algo de brillo en sus labios y en sus uñas y, en sus ojos, una línea azulada en el párpado inferior producía un singular efecto: sus pupilas parecían flotar en alta mar. Era alta, tanto como él, y tenía las caderas estrechas y unas piernas que se adivinaban muy largas. La ausencia de medias en un día fresco de principios de primavera le resultaba chocante, debía ser una costumbre más propia de otras latitudes. Al hombro un bolso sintético de asa corta.

El conjunto, rematado por un moño alto, como de bailarina clásica, resultaba enigmático y algo pasado de moda. Como las bailarinas clásicas, permanecía muy derecha sobre la acera.

—Santiago —correspondió a su vez y con evidente desgana estrechándole la mano de dedos como lápices.

La chica entornó de nuevo los ojos azul báltico para protegerse del humo e inclinó la cabeza con una mueca, como si examinara su nombre o como si intentara grabarlo en su memoria. A Santiago el gesto le resultó inapropiado, demasiada proximidad.

—San-tia-go —repitió ella.

Se sintió violento, incómodo, era como si la mujer pretendiera saberlo todo de él, ahondar en sus miserias, que eran muchas, y calibrar así su valía. Quizás por ello instantes después giró sobre sus talones e inició una retirada algo indigna. Como casi todas.

A su espalda Oxana repitió su nombre casi en un susurro.

—Santiago.

Y lo hizo de nuevo en voz algo más alta y con una dificultad evidente. Como si ensayara.

—Santiago.

Sonó a otro nombre, a un nombre distinto, el de otra perso-

na. Seguir adelante le pareció demasiada descortesía. Se giró, Oxana sostenía el encendedor en alto. Sonreía. Tenía los ojos hermosísimos y extraordinariamente azules.

—Puedes quedártelo —respondió ayudándose con un gesto atropellado de su mano derecha que le sirvió para disimular su confusión.

En aquel instante no podía saber que acaba de cruzarse con la mujer que semanas más tarde haría saltar su vida entera por los aires.

Carles Armengol, uno de los pocos colegas con los que mantenía cierta relación, había contemplado la escena y siguió a Santiago al interior del edificio.

—¿La conoces? —preguntó sin preámbulos.

—De nada.

—Es una de las mujeres más guapas que he visto jamás. —Y remató sus palabras con un silbido que hizo que las tres mujeres que ya aguardaban en el interior del ascensor lo miraran con recelo. Una de ellas puso cara de estar a punto de escupir a su paso. Armengol le sostuvo la mirada unos instantes.

Santiago cabeceó. No quiso pronunciarse.

Regresó al despacho. Rosa, en la mesa de enfrente, tecleaba un mensaje en su móvil. Ahogó un gruñido de desagrado. Santiago hubiera preferido mil veces estar solo y maldecir interiormente a todos y a cada uno de sus congéneres en absoluto silencio. Quizás tenían razón los que afirmaban que se le estaba agriando el carácter.

Pensaría en ello.

—¿Sabes que Sandra, la de ventas, está esperando una niña? —preguntó su compañera de despacho sin levantar la mirada de la pantalla del móvil.

Le costó unos instantes recordar quién era Sandra. No tenía ni idea de que esperaba descendencia y la noticia no le interesó lo más mínimo.

—¡Ah! —comentó por quedar más o menos bien.

—Y ¿sabes cómo se va a llamar? No te lo vas a creer.

Era obvio que Santiago ignoraba el nombre de la criatura que había de llegar al mundo. También lo era que no le importaba en absoluto. Se limitó a encogerse de hombros y a pronunciar:

—Ni idea. —Era hombre de pocas palabras.

—Ariel.

—¿Cómo el detergente? —preguntó por preguntar y porque sentía una leve extrañeza. En algo Rosa no se equivocaba. Era cierto, no podía creérselo.

—¡Pero qué bruto eres, Santiago! Por la Sirenita, hombre. ¿En qué mundo vives?

Aceptó sin replicar que era poco más que un animal de bellota. Se preguntó a sí mismo en qué mundo vivía, no encontró una respuesta apropiada y regresó a sus cosas.

Hay que joderse.

Como la Sirenita, repitió para sí.

## Capítulo 2

*Moscú, diciembre de 2015*

Irina había conseguido salir al rellano de su piso minúsculo en las afueras de Moscú, había pulsado el timbre y había alertado a Oxana, la madre soltera que ocupaba el piso de enfrente. La joven se disponía a dejar a su hijo en la guardería, como cada mañana antes de salir volando hacia el trabajo. Siempre iba deprisa, muy cansada, agotada. Siempre parecía al borde de un ataque de ansiedad.

Se llevaban bien. Simpatizaban. Ambas se ayudaban en lo que podían. Eran conscientes de que, a falta de parientes más o menos cercanos y de amigos en las proximidades, se necesitaban para ir tirando.

La tarde anterior había notado que le faltaba el aire. Intentó no preocuparse. No era la primera vez. Pero había pasado mala noche, no había conseguido dormir más que unos pocos minutos. Ni tan siquiera había podido tenderse en su cama por miedo a no poder respirar. Llevaba muchas horas mal acomodada en el sillón que su cuerpo había moldeado con el paso de los años, extraviada en una especie de delirio febril y captando, con mucho esfuerzo y un sordo ronroneo en el pecho, un hilo de aire.

Con las primeras luces se había levantado trabajosamente y, sujetándose a la pared y arrastrando los pies como si pesaran quintales, había cruzado el umbral de su casa, había recorrido la distancia que la separaba de la puerta del piso de su vecina y había conseguido pulsar el timbre.

Había sido Oxana la que, al comprobar que Irina estaba en apuros y que apenas conseguía respirar, había avisado inmediatamente al servicio de emergencias a pesar de que la ancia-

na se resistía. No quería ir a parar a un hospital, quería que el médico la visitase en casa. No quería moverse de allí. No había para ella otro lugar en el mundo.

Asustada y con su hijo lloriqueando en el cochecito, Oxana la había ayudado a sentarse en el rellano y le había echado una manta más sobre los hombros. El frío en la escalera era tan intenso que la joven temblaba mientras buscaba en el piso de Irina una maleta que no encontró por ninguna parte. Antes de que los sanitarios se la llevaran, metió en una gran bolsa de plástico las pertenencias de la anciana que creyó que podría necesitar. Algo de ropa interior —la más presentable que encontró en el cajón de su cómoda—, dos pares de medias de lana zurcidas en más de una ocasión, una falda de paño, un par de blusas con muchos años a cuestas, un jersey grueso, un camisón tan viejo que daba grima, colonia, peine, unas zapatillas...

Irina no tenía muchas cosas, no le preocupaba su aspecto, salía muy poco y no recibía visitas. Nunca. A menudo no se despojaba durante días del camisón ni de sus medias gruesas y hacía años que no pisaba una peluquería. Se limitaba a pasarse diariamente un peine, a tirar de tijeras cuando el cabello le llegaba a los hombros y a acumular ropa de abrigo sobre un cuerpo que seguía resultando escuálido.

—Tranquila, Irina. Ya llegan. Te pondrás bien. Ya lo verás.

La anciana no conseguía articular palabra. Asentía. Temblaba y parecía confusa. Había dejado de resistirse a ser conducida a una sala de hospital. No respondía a las preguntas de la joven y, cuando lo hacía, su voz no resultaba audible. Ella misma se había envuelto en una de las mantas de su cama a la que Oxana había sumado otra. Apenas asomaba el rostro que era todo huesos. Era incapaz de mantenerse en pie y, sentada en un escalón del tramo que subía a la planta superior, había apoyado el cuerpo y la cabeza en el muro bajo de la barandilla, como si se hubiera desvanecido o estuviera a punto de hacerlo.

Tenía las manos sobre los ojos, no deseaba ver a nadie ni quería que la vieran, no quería mostrar al mundo su decrepitud. Era una persona lúcida a la que el cuerpo, del que renegaba a diario, correspondía con una traición en toda regla.

Mientras esperaba, Irina jadeaba al tiempo que emitía una especie de ronquido que parecía salir de las profundidades de sus bronquios. Tenía el cabello blanco y ya ralo, y pendía en apagados mechones a ambos lados de su cabeza. Le temblaban las manos y parecía tan consumida que sus pies, embutidos en medias y varios pares de calcetines gruesos, no alcanzaban el grosor de unos pies corrientes.

—Necesitaremos la documentación. Probablemente se quedará ingresada —advirtió el sanitario nada más ver sus ojos vidriosos, sus manos temblorosas a la altura de los ojos y su boca abierta.

Oxana rebuscó en armarios y cajones. Encontró un sobre enorme en el que se acumulaban pruebas médicas que pertenecían a otra persona, las desestimó. Localizó en un cajón un pasaporte con la fotografía de Irina algo más joven y un nombre que no reconoció y que, desde luego, no era ruso. Comprobó que era el mismo que aparecía en el exterior de los informes médicos: Asunción Cadavieco Marón.

—Esto es lo que he encontrado. Pero ella es Irina, no sé por qué aquí dice... Yo soy su vecina. No sé...

El hombre inclinó la cabeza mientras contemplaba el pasaporte y fruncía el ceño. No parecía contento. No lo estaba. Resopló. Anticipaba problemas. Siempre los había. Los problemas, como la muerte, eran ley de vida.

—Con esto no hacemos nada, señora. Esta documentación pertenece a una tal Asunción, si esta mujer se llama Irina como usted dice... Además necesita la identificación sanitaria.

Irina agitaba una mano en el aire, señalaba la documentación. Susurró.

—Soy yo, soy yo... —Su voz apenas superaba la frontera de sus labios y su esfuerzo resultó inútil.

—En algún momento la habrá tratado alguien, la habrá visitado algún médico...

—Sí, claro, pero no encuentro nada más. Si espera usted un momento...

—Bueno, pero no creo que ella esté en condiciones de esperar mucho —alegó el auxiliar mirando de reojo a una Irina muy apurada cuyo estertor al respirar resultaba alarmante.

Oxana se perdió de nuevo en el interior del piso. Encontró la identificación sobre el frigorífico. El nombre no era el de Irina.

—Tenga. Todo lo que hay es de otra persona... No sé, no está a su nombre. Puedo buscar esta tarde y...

El hombre, corpulento y de mirada atravesada, negó con los brazos en jarras.

—Necesitamos sus papeles.

—Pero no pueden ustedes dejarla aquí. Ella vive sola y... Ya la ve. Parece muy débil y yo diría que hace muchos días que no sale de casa. No sabía nada, pero... Debe haber una explicación. Yo no puedo... Solo soy su vecina y no... Para mí ella siempre ha sido Irina. Irina Korovin.

—Las cosas no funcionan así —aseveró el sanitario.

Oxana se encogió de hombros incapaz de explicar por qué Irina parecía llamarse Asunción a efectos oficiales.

El hombre rezongó y metió la identificación y el pasaporte en el sobre con las pruebas médicas que, al parecer, pertenecían a otra mujer. Siguió protestando mientras sujetaba a la anciana por las axilas, la alzaba sin esfuerzo con la ayuda de su compañero y la ayudaba a tenderse.

Irina se quejó un par de veces, como si sintiera algún dolor que el movimiento incrementaba sin remedio, y se llevó la mano al pecho. Una de las mantas se deslizó y, aunque intentó en vano sujetarla, cayó al suelo. Oxana la recogió y entregó la

bolsa con las cosas de Irina al sanitario que había permanecido ajeno al conflicto sobre la identidad de la enferma. El hombre, que rozaría los cincuenta, llevaba unos auriculares diminutos encajados en los oídos; no se había enterado de nada.

—Lo siento. Yo ahora no puedo acompañarla, pero si hay algo que... Puedo pasar más tarde —añadió dirigiéndose al hombre que insistía en que necesitaban sus papeles mientras el niño aullaba en el cochecito y, desde el rellano del piso inferior, una pareja muy mayor pretendía averiguar lo que ocurría.

—Fiodor, Margareta, es Irina. Se encuentra mal, se la llevan al hospital —explicó Oxana asomándose al hueco de la escalera.

Margareta se santiguó y musitó algo entre dientes. Una especie de conjuro. Fiodor, su hermano mayor, un hombre muy arisco que vivía por y para su colección de minerales, tiró de su brazo para obligarla a entrar en el piso. No lo consiguió.

Ataron a Irina a una tabla roja mediante unas cintas anchas, la alzaron como si apenas pesara y desaparecieron escaleras abajo. Oxana, sujetando el cochecito, bajó tras ellos. La criatura pareció conformarse y dejó de protestar.

Mientras uno de los hombres depositaba las pertenencias de la anciana en un rincón del vehículo y se sentaba frente al volante, la joven advirtió la mano alzada de la anciana, cuyo nombre a aquellas alturas no quedaba nada claro. Se acercó tanto como pudo.

—Irina. ¿Quieres algo? ¿Aviso a alguien? ¿A algún familiar? ¿A una amiga?

La mujer negó moviendo la cabeza muy lentamente con los ojos cerrados. No conseguía respirar y hablar a la vez. Instantes después, y también muy despacio, señaló sus ojos con el índice de su temblorosa mano derecha.

—Perdona. Claro. No había pensado. Por favor, esperen. Solo será un momento —prometió.

Comprendió la joven que si la anciana se había cubierto los ojos con las manos era porque sin sus lentes apenas le servían de mucho. Echó a correr de nuevo en dirección al piso. Antes de perderse en el portal rogó otra vez al hombre malhumorado:

—Por favor, solo será un minuto. Las necesita. Sin ellas está perdida.

Arreciaron las protestas del hombre que cerraba ya las puertas del vehículo. Visiblemente irritado, prendió un cigarrillo y trató de ahuyentar el frío golpeando la acera con su pie derecho mientras su compañero intentaba en vano retirar la fina capa de escarcha que empañaba el cristal delantero y que minutos antes no estaba allí.

Tardó en encontrar las gafas doradas de Irina. En algún momento durante la noche se habían caído junto a la butaca en la que la mujer había visto pasar las interminables horas nocturnas. Afortunadamente no se habían roto. Las recogió y, solo entonces, Oxana advirtió que en el piso hacía frío, mucho frío. La vieja estufa de gas frente a la butaca estaba apagada. Quizás el gas se había agotado e Irina no había podido cambiar la bombona. Quizás no había podido comprarla. Apagó el televisor que permanecía encendido y sin volumen y echó un último vistazo a algunos de los informes médicos que había desestimado y que seguían sobre la mesa junto a un frasco de jarabe y un vaso con restos de leche.

¿Asunción Cadavieco?

Un nombre extraño para una mujer rusa ya anciana.

Antes de entregarle las gafas, Oxana, acariciándole la mano, prometió:

—Vendré a verte en cuanto pueda, Irina. Te pondrás bien. Seguro.

La mujer, abriendo los ojos y ajustándose las gafas, asintió. ¿Qué otra cosa podía hacer?